

DE BUENAS LETRAS

¡Qué hartazgo!

JOSÉ G. LADRÓN DE GUEVARA
DE LA ACADEMIA DE BUENAS LETRAS DE GRANADA

Ya va estando uno, a estas alturas de su vida, hasta la mismísima coronilla de tanta disparatada desmesura como la que constituye nuestra vida cotidiana, en este puñetero país donde vivimos y padecemos las molestias del último viaje. Harto de que nos tomen el pelo, incluso a los calvos, al mismo tiempo que nos roban a raudales, nos mienten sin engañarnos, prometen lo que, como ya nos advirtió el profesor Enrique Tierno Galván, no cumplirán jamás y permanecen atornillados al poder ante la mansedumbre de un pueblo aborregado, sumiso y complaciente, políticamente adoctrinado y educado para tragarse lo que le echen, ya sea cúbico, prolongado o esférico.

Digamos, por lo tanto, que ya está uno hasta el cogote de fútbol, futbolistas y futboleros, como principal atractivo nacional, aparte de las televisiones chismográficas, de la sufrida pero resignada población española. Así nos luce la pelambrera cultural del país. Un lugar del mundo donde también estamos has-

ta el gorro de esos artistas o escritores, (músicos, pintores, escultores, poetas, novelistas, dramaturgos), más o menos conocidos, por sus galardones, sus extravagancias o sus intrigas y amarres políticos, que viven obsesionados por ser celebérrimos para mayor gloria de su propia figura. Me los imagino insomnes, tragando ansiolíticos por un tubo, maniobrando por doquier para indagar qué hay de lo suyo, con vistas al próximo reparto de laureles, diplomas y canonjías oficiales. Sepan, los implicados en esta feria de las vanidades, que, en el mundo de la cultura, para ser inmortal hay que morir, dejando una obra que resista la corrosiva prueba del tiempo. Pero vivimos en una época en la que cualquier caradura, emborronando un folio, churroteando una pared, aporreando una cacerola, o enmarañando un alambre, ya se anuncia como un escritor, un pintor, un músico o un escultor. La prensa lo difunde y adelante con los faroles. Si la cosa funciona, se organiza una performance, o instalación, adecuadas al caso. Y santas pascuas. Todo el monte es orégano. Un país

donde cualquier indocumentado, insolvente, 'asnalfabestia', puede pasar por artista, por escritor o por político de altos vuelos, con sillón renovable y cuentas corrientes secretas en Suiza, está condenado a la barbarie.

Afrontamos una grave crisis no sólo económica y política, sino también cultural, ética y de valores imperativos. Y no es suficiente, a estas alturas, que la autoridad competente, los responsables de la catástrofe, pidan perdón al público de la sala por la trapisonda que nos han organizado, y nosotros consentido, ya que el perdón no repara los daños causados. Ni siquiera el propósito de enmienda resuelve el estropicio. Hay que cortar por lo sano. Y sin contemplaciones. Lo malo de este naufragio es que uno está, también, dentro del barco. Visto desde el patio de butacas, comiendo palomitas o apretando la mano de la novia, tendría su gracia. La casta política. La merendola financiera. Los artistas y escritores de pega pero famosetes. Los ministrables. Los candidatos a las alcaldías. Los regeneradores. Las estrellas fugaces. Ese que puede resolverlo todo cuando asalte el cielo y lo conquiste. Podemos, sí, pero del verbo podar. El nene que se cuele, por la cara, hasta el hermético salón donde el Rey saluda a la flor y nata de la españolidad. El otro, allá por la Catalonia periférica, que quiere irse, pero se queda porque no sabe por dónde irse a la puñeta. Bartolos y volaeras. La España de la picaresca. La del Monipodio. La de Valle Inclán. De Solana. De Jardiel Poncela. De Cela. De Berlanga. De Gila. De Forges. De Mingote. Y lo que nos falta por ver. Porque la función está empezando.